



1

Una visita a los amigos

Hace unos cuantos años conocí a Will Legrand.

Will era hijo de una familia rica
que se había arruinado.

Vivía con su criado, Júpiter, un antiguo esclavo.

La familia Legrand lo había liberado,
pero él prefirió quedarse con Will y cuidarlo,
a pesar de que no cobraba nada.

Cuando la familia perdió casa y fortuna,
Will y Jup –como llamaban a Júpiter–
se instalaron en la isla de Sullivan,
muy cerca de la ciudad donde yo vivía, Charleston,
en Carolina del Sur, en Estados Unidos.

Esa isla es muy extraña.
En ella solo hay arena
y mide unos tres kilómetros de largo.
En el lugar más ancho no llega ni a medio kilómetro,
y está separada de tierra firme por un brazo de mar
que corre entre unos espesos cañaverales.

Un **fuerte** es
un recinto
amurallado
en el que
hay destinado
un destacamento
de soldados.

En este lugar hay muchos patos.
La vegetación escasea y no hay árboles.
En la parte oeste, junto al **fuerte** Moultrie,
hay unas barracas miserables donde veranean
algunos habitantes de Charleston
para huir del calor y el polvo de la ciudad.
El resto de la isla está cubierto por un espeso bosque
que llena el aire con su olor.

En una zona apartada, al este de la isla,
Will y Jup se habían construido una cabaña.
Allí fue donde conocí a Will.
Nos hicimos amigos enseguida.
Era educado, culto y muy inteligente,
pero era una persona de humor variable
y le gustaba estar solo.
Tenía muchos libros, pero casi nunca leía.
Se divertía más con la caza y la pesca,
y con los paseos por la playa y por el bosque,
donde recogía conchas o insectos.
¡Ya tenía una gran colección!

La isla de Sullivan tiene un clima muy agradable.
Solo hay que encender la chimenea algunos días al año.

Una tarde de un día de otoño
en la que hacía más frío que de costumbre,
fui a visitar a mi amigo,
como lo hacía de vez en cuando.

Cuando llegué a la cabaña, no había nadie dentro.
Busqué la llave bajo la piedra de siempre y entré.
Por suerte, el fuego estaba encendido.
Me senté junto a la chimenea para calentarme
y me dispuse a esperar pacientemente.
Estaba seguro de que no tardarían mucho.
Y así fue: llegaron al cabo de media hora.

Jup, con una gran sonrisa,
puso al fuego unos cuantos patos para la cena.

Mientras tanto, Will, entusiasmado,
me explicó que había sido un día muy interesante.
Había hallado un ejemplar de molusco desconocido
y, además, con la ayuda de Jup,
había capturado un escarabajo
que le parecía totalmente nuevo.

—Me gustaría que mañana estudiase ese escarabajo
y me diese su opinión —me dijo Will.

—¿Y por qué esperar a mañana?
¿No puede ser hoy? –le contesté
mientras me frotaba las manos ante el fuego
y pensaba que aquel insecto
me importaba un pimiento.

—Si hubiese sabido que estaría usted aquí...
—dijo Will—, pero me he encontrado
con el teniente del fuerte Moultrie
y le he dejado el escarabajo hasta mañana.
Quédese usted a dormir;
Jup irá a buscarlo muy temprano.
¡Es un ejemplar magnífico!
Es grande como una nuez y de color dorado brillante,
con dos manchas negras en un extremo de la espalda
y otra mayor y más alargada en el otro extremo.
Las antenas...

El **estaño** es un metal blanco, brillante y poco duro que se utiliza a menudo para hacer latas de conserva.

Jup puso mala cara. Hablaba un inglés muy malo, característico de los esclavos negros, y a veces no entendía bien el idioma. Por eso, confundió *antenas* con **estaño** e interrumpió a Will:

Massa quiere decir 'amo' en la lengua de Jup.

—El escarabajo no es de estaño, ¡**Massa** Will!
Ya le he dicho mil veces que es todo de oro,
excepto las alas.
¡Nunca he visto un escarabajo tan pesado!

—Supongamos que tienes razón —dijo Will—,
¡pero eso no es motivo
para dejar que se queme la cena!

Y volviéndose hacia mí, siguió:

—Lo que dice Jup no es un disparate:
el color de ese insecto puede hacer creer
que es de oro.
Además, las alas tienen unos reflejos metálicos
que nunca había visto.
Pero hasta mañana no lo podrá comprobar usted.
Mientras tanto, le puedo hacer un dibujo.

Mi amigo se sentó ante el escritorio,
pero no vio ninguna hoja de papel,
y revolvió en un cajón sin encontrar ninguna.
Entonces se metió la mano en el bolsillo
y sacó un trozo de papel viejo y sucio.
Lo miró por los dos lados y, finalmente,
mientras yo seguía sentado junto al fuego,
dibujó en él el escarabajo.

Después de darme el dibujo
se oyó un ruido en la puerta,
como si alguien arañara la madera.
Entonces, la puerta se abrió de golpe
y entró el perro de la casa.

Cuando me vio, me saludó con algunos ladridos,
se acercó a mí y empezó a lamerme.
Yo intentaba apartarlo con la mano,
pero no conseguía quitármelo de encima.
Finalmente, cuando el perro me dejó tranquilo,
me fijé en el dibujo de mi amigo:
no era un escarabajo, ¡era una calavera!
Una calavera..., que coincidía más o menos
con el perfil de un escarabajo.

Cuando Will me pidió mi opinión,
le respondí:

—Sí, realmente es un escarabajo muy extraño...
Parece más una calavera que un insecto.

—Quizás —dijo Will, como si pensase en voz alta—.
Las dos manchas negras podrían ser los ojos,
y la mancha alargada, la boca.

—O puede que no sea usted tan buen dibujante...
—le dije para buscar una explicación más razonable—.
Así no puedo hacerme idea de cómo es el escarabajo.
No le podré dar mi opinión
hasta que lo haya visto personalmente.

—¿Duda usted de mis habilidades como dibujante?
—me dijo Will, medio ofendido.

—¡Oh, no! Sé que es usted un buen dibujante,
¡pero yo aquí veo una calavera,
no un escarabajo!
¿Dónde están las antenas?
¿Quiere usted reírse de mí?

—¿Las antenas? ¡No puede ser que no las vea!
Están perfectamente dibujadas,
y me parece que no hay nada más que hablar.

Cuanto más insistía en el asunto,
más tensa se ponía la situación.
Will, de muy mal humor, me quitó el dibujo
e intentó hacer una bola con él para tirarla al fuego.
Pero de repente abrió unos ojos como platos,
se puso muy rojo
y después **palideció**.
Sin moverse de la silla donde estaba,
estudió el dibujo durante unos cuantos segundos.

Una persona **palidece** cuando pierde el color de la cara por culpa de un disgusto o de una sorpresa.

Después cogió una vela y, sin decir nada,
se sentó en una caja de marinero,
en la otra punta de la habitación.

Examinó el papel por ambos lados,
lo dobló, lo metió en la cartera
y la guardó en el escritorio.
Después, cerró el escritorio con llave.

Yo no sabía qué pensar.
No sabía si mi amigo se había enfadado conmigo
o si se había puesto enfermo,
pero a partir de aquel momento me ignoró.
Ya no estaba de mal humor, sino soñador y ausente,
y ni siquiera hacía caso de las bromas
que siempre nos gastábamos.

Will no insistió en que me quedase a dormir,
aunque antes me había invitado a hacerlo.
Decidí irme a casa sin cenar,
en plena noche.
Él me estrechó la mano
y se despidió muy cordialmente.
Quizá más cordialmente que otras veces.